

# Espérame en París

Susana Cañil



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

[#esperameenparis](https://twitter.com/esperameenparis)

**Colección:** Tombooktu Chicklit

[www.erotica.tombooktu.com](http://www.erotica.tombooktu.com)

[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** *Espérame en París*

**Autor:** © Susana Cañil

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid

**Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-41-3

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-601-2

**ISBN Digital:** 978-84-9967-602-9

**Fecha de publicación:** Abril 2014

Impreso en España

**Imprime:**

**Depósito legal:** M-3025-2014

Todos los personajes, eventos, empresas y situaciones que aparecen en la trama de la obra son ficticios y fruto de la creación de la autora. Cualquier parecido o semejanza con personas, eventos, empresas y situaciones reales son una mera coincidencia y han sido producto del azar, una casualidad no intencionada.



Quisiera dedicar este libro a mis maravillosas amigas,  
las mejores. Y que fueron fuente de inspiración inicial  
para escribir esta novela. Os quiero.

*Viste vulgar y sólo verán el vestido. Viste elegante y verán a la mujer.*

Coco Chanel  
Diseñadora francesa

# Índice



Capítulo 1. Gotas de lluvia en septiembre .....	13
Capítulo 2. De dioses griegos y reinas egipcias.....	39
Capítulo 3. A París... pero con mamuchi .....	57
Capítulo 4. La vida es como una caja de bombones....	87
Capítulo 5. Una noche en la ópera.....	107
Capítulo 6. Sirenas y tritones .....	131
Capítulo 7. El diablo entre costuras .....	157
Capítulo 8. Un mensaje de mamá .....	179
Capítulo 9. Desmontando a Mr. Salas .....	201
Capítulo 10. La revolución de las sirenas.....	219
Capítulo 11. Operación Mantis religiosa .....	241
Capítulo 12. La decisión de Olivia .....	267

# 1

## Gotas de lluvia en septiembre



Como todas las mañanas, mi puntual y preciso despertador sonó a las seis, aunque realmente hacía años que le había ganado la batalla a ese antipático cacharro y yo estaba despierta mucho antes de que su detestable ruido me recordara que tenía otro día más de trabajo por delante.

Hacía rato que oía la lluvia caer en mi jardín y el sonido del viento contra los cristales. Acababa de empezar el mes de septiembre y, aunque en las horas centrales del día hacía aún mucho calor, tanto las madrugadas como las noches ya anunciaban con su frescor el otoño inminente. Me preparé para una jornada de jaqueca, como siempre sucedía cuando el tiempo cambiaba de un día para otro a su antojo y voluntad. Las migrañas eran herencia de mi madre que, a falta de dejarme tierras, casas o fortuna, me las legó en su testamento junto con otras dolencias y alguna reliquia. Afortunadamente también me dejó parte de su soberbia belleza, amén de una fuerza e intensidad arrolladoras con las que impregnaba cada detalle de mi vida. La echaba de menos rabiosamente, cada minuto de cada día, desde que se marchara hace seis años, a algún lugar supuestamente mejor. Aunque de vez en cuando me comunicaba con ella en sueños. Oníricos mensajes que tan sólo yo era capaz de descifrar. En ocasiones sentía su presencia a mi lado, dándome ánimo en un abrazo interminable y haciéndome saber que aún seguía por

estos lares, pendiente, guardiana, salvadora, como un centinela invisible alerta ante cualquier peligro. Ella fue una madre en el más amplio y literal sentido de la palabra, cariñosa, atenta, buena pero inflexible cuando la ocasión lo requería, sencilla pero con una gran inteligencia natural, refinada y elegante siempre. Hasta con el delantal puesto podría haber dado clases de *glamour* y saber estar a cualquiera. Con un gran sentido del deber hasta el final de sus días, sin embargo, no tuvo la fortuna de ser todo lo feliz que se merecía. Mi madre era fuerte y consiguió siempre estar a la altura de las circunstancias. Se volcó en sus hijos y dejó que la vida la fuera llevando casi sin poner resistencia, sin revolversse y encararse a ese maldito destino. Ese destino en el que yo creo tanto y que, por mucho que te empeñes en desviarlo, modificarlo o estrangularlo llegado el caso, de nada sirve. Es ingobernable y terminas cayendo en sus redes.

Hay varias situaciones y personas que han influido en mi vida, haciendo que, a veces, tomara derroteros desconocidos para mí y obligándome a adentrarme en territorios inhóspitos y peligrosos unas veces, firmes y sólidos otras. Pero es bien cierto que nunca, ni en los peores momentos, mi rumbo se desvió ni un milímetro del objetivo que perseguía en la vida: ser feliz al menos un ratito cada día.

Me levanté de la cama de un salto pues no me gustaba demasiado remolonear entre las sábanas. Mi marido roncaba. Roncaba mucho. Cualquier día de estos los vecinos nos denunciarían por superar el índice de decibelios permitidos por la ley. Mis hijos, Estela y Junior, dormían aún. Bajé las escaleras y entré en la cocina siguiendo el ritual de todos los días. El desayuno siempre ha sido la comida preferida del día para mí. Me proporciona la vitalidad que necesito para afrontar cada uno de mis duras jornadas de trabajo. Así que devoraba mi kiwi, mis cereales y mis tostadas acompañadas de un café recién hecho que descendía hacia mi estómago, ardiente y dulce. Me tragué una pastilla para la jaqueca que se cernía sobre mí, amenazante y sin compasión.

Después dejé preparados los desayunos de los niños, sus mochilas y sus bocadillos de media mañana y vuelta arriba a arreglarme para salir de casa como una reina, pero sin trono ni corona. Mi padre siempre me repetía, como un mantra: «Olivia,

buenas prendas y modales abren puertas principales». Y en eso, tal vez sólo en eso, había seguido su sabio consejo.

Me metí en la ducha y sentí que empezaba a despejarme. Un chorro final de agua gélida recorría mi cuerpo dándome tono y vitalidad. Todavía no había salido del baño cuando escuché la dulce voz de mi hija Estela llamándome.

—¡Mamá! ¡No encuentro el jersey del cole! Debería estar en mi segundo cajón y no está. ¿Cómo es posible?

Mi hija tenía once años y estaba en esa edad indefinida en la que ya no era una niña, pero tampoco una adolescente, y ella ansiaba tener lo bueno de ambos universos. Lo conseguía la mayor parte de las ocasiones y eso suponía un triunfo para ella y mucho desgaste para mí.

—Hija, ¿has considerado la posibilidad de que no esté en el segundo cajón, sino en el primero o el tercero...? —le dije utilizando el lenguaje con el que ella me hablaba la mayoría de las veces.

—Ya he mirado, mami. No está y necesito llevarlo. Si no me pondrán un parte y no querrás que eso suceda... ¿verdad? —me contestó con cierto retintín y deliciosa vocecita.

En ese momento mi marido, Alberto, entró en escena para colar una de sus gloriosas frases matinales.

—Hija, búscalo con mi ropa interior. Debe de estar todo en el mismo sitio... porque donde debería no está... Hoy iré ligerito a trabajar... —dijo en plan sarcástico.

—¡Tal vez Blanca lo haya guardado en otro sitio por equivocación! —grité desde el baño, ya angustiada porque aquel día tenía prisa por llegar al trabajo y pocas ganas de discutir.

Salí del cuarto de baño, todavía mojada, envuelta en la toalla y me dispuse a buscar la prenda antes de que aquello acabara en una batalla campal. En cuestión de segundos localicé el jersey de mi hija en el tendedero. Estaba seco pero sin planchar, pero así se lo llevaría hoy. No era una tragedia. Después me dirigí al armario de Alberto. Como bien había intuido, Blanca había modificado de arriba abajo mi orden establecido. Blanca era nuestra asistenta. Venía cinco días a la semana y era una joya. Rápida, avispada, dispuesta... y con mucha iniciativa. Quizá demasiada... Cada cierto tiempo decidía, de forma unilateral y sin previo aviso,



que era imprescindible cambiar algo de sitio. Lo mismo daba si era ropa, libros, muebles o al mismísimo señor de la casa si ella consideraba que era necesario. Ya le había reprendido en varias ocasiones sin resultado alguno. Ella, simplemente, hacía lo que le daba la gana. Y yo se lo permitía porque era buena, atenta y cariñosa con mis hijos y con su ayuda, mi casa lucía limpia, ordenada y reluciente. Mi casa pasaba la prueba más dura y cruel que una pueda imaginar: la de la suegra analizando con lupa hasta la última mota de polvo en el sitio más recóndito.

Con cara de pocos amigos le pasé la ropa interior a mi marido. Dejé el jersey de mi hija en su cama y fui a despertar a Alberto, mi hijo Junior, como le llamábamos cariñosamente. Tenía seis años y era el niño más dulce y guapo que jamás hubiera imaginado tener. Se hizo el remolón entre las sábanas mientras yo le besaba sus mofletes de ángel.

Miré el reloj y casi me dio un infarto. Marcaba las ocho menos cuarto. Tenía que estar a las ocho y media en la oficina. Aquel día teníamos una importante presentación a la prensa de nuestra próxima colección de verano. Nada podía fallar. Lo más granado de la prensa especializada estaría allí, incluida «Carasapo», como la habíamos apodado entre nosotras, la columnista de cotilleos y moda más leída y temida en el país, que, asombrosa e inesperadamente, había confirmado su presencia el día anterior a última hora. Mientras me maquillaba recordé cómo había sido la transición de mi anterior trabajo al actual.

Llevaba más de una década en el departamento de marketing y comunicación de una empresa de diseño de trajes de baño y complementos. Es decir, sombreros, gafas de sol, pareos, bolsos playeros, toallas, etc., a la que llegué por pura casualidad, después de trabajar en una compañía financiera por el mismo espacio de tiempo. Durante diez años sólo manejé facturas, balances, cuentas bancarias, informes financieros, morosos y un sinfín de tareas, todas, eso sí, estrechamente ligadas a los números. No me disgustaba, ni mucho menos, teniendo en cuenta que yo era una fanática del orden, la rutina, la certeza. Nada de imprevistos ni experimentos. Nada de suposiciones ni corazonadas. Yo necesitaba, si no la verdad absoluta, sí una raíz firme, unos cimientos recios, algo real, concreto y tangible a lo que asirme

en cada segundo de mi vida y en todas las esferas de la misma. Un recinto con aforo limitado, en el que sólo yo despachaba las entradas y definía las normas. Pero como dice el refrán: «El hombre propone y Dios dispone». Y dispuso un inesperado recorte de personal de gran envergadura en el que me vi afectada. Tras el impacto inicial que la noticia provocó en mi ánimo, pasé a la acción y aproveché la oportunidad que la vida me brindaba para buscar nuevos horizontes y aires frescos que desatascaran mi cerebro. Casi me había convertido en una máquina, llevando a cabo un trabajo perfecto, pero encorsetado, carente de imaginación e ingenio. Y echaba de menos esa otra cara de la moneda. Poder dejar parte de mi impronta personal en el terreno laboral. Estaba empachada de números, cifras y presupuestos, de tablas dinámicas y gráficos. Y de jefes que también se comportaban acorde con la actividad de la empresa. Mentes cuadrículadas, en las que no había cabida para deslices, despistes ni olvidos. Ni, claro está, para asuntos mucho más terrenales como tomar un tentempié en la cafetería entre risas y bullicio. Y en sólo un mes me topé con la posibilidad de trabajar como mano derecha de una reconocida diseñadora, Sylvia Palacios.

Sylvia Palacios había sido toda una institución en la materia unos quince años atrás, pero que en la actualidad había caído en cierto olvido. Las pruebas de selección fueron largas y duras. Hubo un momento en el que a punto estuve de desistir pues todo eran exigencias, unas lógicas y otras rondando lo absurdo. Finalmente sólo quedamos cinco posibles candidatas, a la espera de la decisión final, que la propia diseñadora tomaría en una entrevista personal, junto con el consejo de su astróloga. De este pequeño pero inquietante detalle me enteraría más tarde, a la vez que de otros de parecida índole, que me intranquilizaron y, en cierto modo, me alertaron de cómo iba a ser trabajar tan cerca de ella. Finalmente la elegida fui yo. La perspectiva de incorporarme a una empresa con una actividad tan femenina y opuesta de la anterior, poder ser parte de ese proceso de creación, verme rodeada de preciosos y genuinos diseños, conocer a otros creadores... Aquello me motivó lo suficiente para pasar por alto cierta actitud prepotente, dominadora y altiva que percibí de inmediato en la charla que mantuvimos Sylvia y yo.

Dejé que mi marido llevara a los niños al colegio y salí por la puerta como alma que lleva el diablo. Barruntaba que aquel no sería un buen día y mis presentimientos solían ser certeros... Oh, my God!

De camino al trabajo en el tren, recibí tres mensajes en el móvil que me alborotaron el alma y me alegraron el trayecto. Dos eran de mis amigas las sirenas, deseándome suerte e instándome a armarme de paciencia con la bruja de mi jefa. El día anterior les había avisado de que aquel día tenía lugar la presentación de la nueva colección a toda la prensa y de que por lo tanto la jornada se presentaba movidita, a tenor de cómo había transcurrido la semana. «Tranqui, Oli, ¡no se te ocurra quemar la oficina, por Dios!», me decía Carmen, siempre con su talante conciliador e incluyendo a Dios en todo, según su costumbre. «Aguanta, Olivia, antes de tirarla por la ventana. Pero si te decides a hacerlo, llámame y te ayudo... ¡Lo haré encantada!», escribía Constanza. ¡Tan antagónicas! Sonreí al leerlo. Ella y yo compartíamos la misma opinión sobre mi jefa Sylvia, pues la empresa en la que trabajaba Constanza había recibido un encargo, tiempo atrás, para una campaña de publicidad, al objeto de potenciar la imagen obsoleta y demodé de la empresa y la diseñadora y darle más visibilidad en el mercado, lo cual, supuestamente, redundaría en más ventas. Constanza estaba al frente de la campaña y desde el inicio tomó las riendas. No se amilanó ante el carácter déspota y dominador de Sylvia. Muy al contrario le hizo ver, con educación y paciencia, pero con firmeza, todas aquellas cosas que, a su juicio, se estaban haciendo mal o simplemente no se estaban haciendo. La soberbia de Sylvia le impidió transigir y ceder a las inteligentes y prácticas propuestas de Constanza. Ella, que había colaborado con los más grandes diseñadores, que había sido portada de las revistas que marcaban tendencia y cuyos diseños lucían desde princesas hasta artistas de Hollywood... Ella que lo sabía todo de moda... Todo eso era cierto, en parte. Sylvia Palacios vivía aún anclada en sus tiempos gloriosos, de algunos lustros atrás, cuando había sido una diseñadora vanguardista y con creaciones rompedoras. Desde su fulgurante aparición en aquella campaña de «La Moda de España», acompañando con sus complementos

a los más reconocidos representantes de la moda nacional hasta su posterior salto internacional, ya como creadora independiente y con marca propia. En aquella época se codeaba con lo más selecto de la profesión, estaba presente en las ferias más importantes y acudía invitada a los desfiles mundiales de París, Nueva York o Milán. Entonces la prensa la adoraba. Y aún hoy, era difícil resistirse cuando desplegaba todo su talento dramático. El arte de fingir lo dominaba a la perfección. Representaba su papel ante los periodistas de una forma magistral, disfrazando de bondad, simpatía y solidaridad lo que en realidad era ambición, egoísmo, ingratitud e interés. Egocéntrica y déspota hasta límites insospechados, sólo comparables con su ambición desmedida por recuperar la fama y el reconocimiento perdidos. Sólo aquellos que trabajábamos para ella la conocíamos de verdad y la sufríamos.

Como era de esperar, aquella campaña de publicidad nunca llegó a buen puerto y acabó en el desastre que habíamos presagiado. El choque entre las dos, esperado por todas, no fue por ello menos brutal. Constanza trabajó duro durante tres meses y un buen día Sylvia se hartó y le dijo que ya no necesitaba sus servicios ni los de su empresa. Se negó a abonar la factura por esos meses de trabajo y Constanza tuvo unas duras palabras con Sylvia, haciéndole saber sin miramientos lo que opinaba de ella y de su deplorable labor al frente de la firma. Desde entonces la detestaba por eso y por todo el sufrimiento que me ocasionaba a mí, que era su amiga del alma.

Sylvia se adueñó e hizo suyas todas las ideas y propuestas que mi amiga, con mucho acierto, había sugerido para revitalizar la empresa. Pero de nada había servido. Era una gran diseñadora pero una pésima gestora que no delegaba en su equipo ni confiaba en él. No tomaba en cuenta las aportaciones y sugerencias que, de forma totalmente desinteresada, personas de su entorno íntimo le hacían y despreciaba al resto de los diseñadores nacionales. A nadie le extrañaba que fuera cada vez a menos y hubiera sido expulsada y relegada de los círculos que ahora imponían su autoridad en materia de moda. Su manifiesta incapacidad para dirigir una empresa y a su equipo la abocaban, sin duda, a un futuro muy sombrío. Su condena, por supuesto, sería la peor para su ego: el olvido.

El otro mensaje era de mi amante, Mario: «¿Tienes un rato hoy para mí, princesa?». Escueto y directo, como siempre. El recuerdo de su intensa y cautivadora mirada azul atravesó mi cerebro unos segundos y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, deteniéndose en mis rincones más sensibles.

Contesté rápidamente a mis sirenas, no así a Mario, del que no sabía nada desde hacía semanas y ahora aparecía de la nada, acelerándome el pulso en un momento en que necesitaba más que nunca estar calmada. ¡Maldita sea! ¡Le diría que sí, cómo negarme! Pero más tarde. Que sufriera un poco.

Mis malos presagios se hicieron realidad en cuanto atravesé el inmenso y señorial portal frente al Parque del Retiro, donde se ubicaba mi empresa. Saludé al portero con un seco «Buenos días». Hacía años que, prácticamente, no le dirigía la palabra debido a un altercado que había tenido con él en el pasado y en el que demostró la clase de individuo que era: maleducado, baboso, rastrero, cotilla y misógino. Mientras subía a la octava planta oí voces y conversaciones que parecían venir del rellano. Salí del ascensor y sin apenas tiempo de cerrar la puerta mi jefa me espetó: «¡Hombre, ya era hora!».

«¿Hora?», pensé. Mi horario empezaba a las nueve de la mañana y eran las ocho y media en punto. Estaba histérica, aunque ese era su estado natural. Así que, hasta ahí, nada fuera de lo habitual en ella.

—¡¡Te estábamos esperando porque no tengo llaves!! Las perdí ayer... o eso creo —me dijo Sylvia con actitud impaciente.

En ese momento sólo me vino a la cabeza cuál de los veintidós duplicados de llaves —sí, exactamente veintidós, los tenía contados— que le había hecho en los diez años que llevaba trabajando allí era exactamente el que había extraviado en aquella ocasión, pero me abstuve de comentar nada. El horno no estaba para bollos y yo me había prometido a mí misma mucha, mucha paciencia...

El personal de la empresa con la que habitualmente trabajábamos para servir el cáterin esperaba, junto con Sylvia, cargado hasta los topes de vajillas, cubiertos, manteles, servilletas y, por supuesto, las viandas. Se habían adelantado a la hora estipulada pues según mis instrucciones del día anterior les había hecho

saber que con que estuvieran a las diez de la mañana sería más que suficiente. Era un restaurante de comida ecológica que, además de sus menús diarios, abarcaba todo tipo de servicios y eventos: almuerzos, desayunos, despedidas, tanto a empresas como a particulares, entrega en domicilio... Todo ello personalizado si el cliente así lo requería. Y todo muy *trendy*, claro. Acorde con la supuesta filosofía de nuestra empresa. Ahora lo ecológico estaba de moda y Sylvia no desaprovechaba la más mínima ocasión en las entrevistas utilizando frases hechas y manidas como «cuidar el planeta», «preservar el medio ambiente» o «material reciclado». Muy solidario de puertas para afuera y una auténtica mentira para las que sabíamos lo que ocurría dentro de nuestra muy «ecológica» empresa.

Busqué desesperadamente mis propias llaves en el bolso y abrí la puerta. Todos entramos con prisas y Sylvia comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro pero sin control. Mis compañeras ya debían estar allí, pero eran casi las nueve y aún no había llegado ninguna de ellas. Yo misma empezaba a irritarme porque no hubieran sido puntuales. Eso era un claro signo de rebeldía ante el comportamiento de Sylvia con nosotras. «Pero... ¿por qué hoy, chicas?», pensé.

La sala de exposiciones estaba revuelta y desordenada, los dossieres de prensa sin terminar, los expositores que habíamos encargado no aparecían por ningún sitio, el fotógrafo había tenido un percance casero y avisó de que se retrasaría, y un enorme cartel con la imagen de la diseñadora y su logotipo, que dispusimos a modo de *photocall*, se encontraba aparcado en una esquina sin colgar. Y todo estaba sin hacer por la mala gestión de Sylvia. Para ella trabajar era sinónimo de improvisar continuamente. Y el significado de la palabra priorizar, desconocido para ella. Algo que todo su equipo odiaba y muy especialmente yo, tan previsora, metódica y ordenada como soy.

Sonó el timbre de la puerta y me abalancé a abrir como si la vida me fuera en ello. Necesitaba desesperadamente que alguna de mis compañeras llegara y, al menos, poder comentar el caos que se avecinaba. Por fin vi la cara de mi compañera Rosa, que se ocupaba del departamento de comunicación, al abrir la puerta. En cuanto me miró supo que las cosas no iban bien.

—¡Buenos días! —saludó con voz cantarina poniendo buena cara al mal tiempo.

—Buenas noches, querrás decir. ¡Tenías que haber venido antes! —gritó Sylvia desde la sala—. ¡Venga, no te quedes ahí parada y ponte en funcionamiento!

Rápidamente fueron llegando el resto de mis compañeras: Andrea, Irene y Norma y entre todas en un par de horas hicimos un trabajo de semanas. La sala de exposiciones había quedado francamente espectacular. Todo estaba decorado en tonos malva, crudo y plata, los colores corporativos de la empresa. La lluvia, con la que había amanecido aquel día, había dado paso a un sol casi cegador, ese brillo tan propio de Madrid, que inundaba de luz y claridad cada rincón y que se filtraba a través de dos enormes ventanales que presidían la amplia sala. Las estanterías de Ikea albergaban la colección de accesorios dispuesta por colores y materiales. Los bikinis y bañadores eran las estrellas indiscutibles de la colección y ocupaban un lugar privilegiado en perchas especialmente diseñadas para la ocasión o colgados en burros de madera. Rasos, sedas, brocados, encajes, cintas de organza, *strass*, adornos plateados, cristales de Swarovski para los vestidos. Tejidos imitando piel de serpiente en tonos alegres para bolsos, bandoleras y capazos... Todo era un pequeño escaparate, lleno de elegancia y *glamour*, al que asomarse. Y todo con un único objetivo: venderlo a la prensa. Teníamos que gustarles casi a cualquier precio.

Una vitrina de cristal contenía pequeñas reproducciones en miniatura de distintos modelos de gafas de sol adquiridos en diversas partes del mundo y que todas colaborábamos en mantener, preservar y aumentar.

En medio de la sala, una enorme mesa de cristal con velas encendidas en pequeños vasos con cuentas de colores y pequeñas perlas y, finalmente, sillas dispuestas alrededor de la misma, decoradas con fundas en color crema y lazos a los lados, aportaban un discreto toque romántico y acogedor, que a mí tanto me gustaba. Sylvia me había permitido esa pequeña concesión aun no estando de acuerdo con esa parte de la decoración. Seguramente querría tenerme contenta y predispuesta para solicitarme algún trabajo extra o quedarme más tiempo

del estipulado en los siguientes días. Esa era su táctica con las novatas, pipiolas y becarias. Pero yo ya no era una de ellas, no sé si afortunada o lamentablemente. O tal vez nunca lo fui. Sólo accedería a sus deseos si era capaz de ser educada y no humillarme, en público y en privado. Y eso era, sencillamente, imposible.

Cuando ya todo estaba dispuesto en la sala vi la mirada de Sylvia y supe que lo peor aún estaba por llegar.

—¿A nadie se le ha ocurrido traer arena? Si al final, como siempre, tengo que hacerlo todo yo. ¡Menudo equipo! Esto, chicas, por si no os habéis enterado, es una colección de verano: mar, aire libre, sol, playita... ¡¿Os suena de algo?! —gritó fuera de sí. ¡¡Mamma mía!! Sylvia en estado puro.

Antes de que continuara y su ira fuera a más me brindé a bajar corriendo a comprar arena de colores. Gran error. Me fulminó con la mirada y masculló:

—¿Comprar? ¡Por Dios, Olivia! Eso es un gasto inútil. Afortunadamente ya la he traído yo. ¡¡Daliaaaaa...!! —gritó a la chica de servicio que trabajaba en su casa y que aquel día nos ayudaba y estaba presenciando la escena a distancia con ojos como platos.

—Sí, señora... —respondió solícita y con cara de miedo.

—La arena, niña. ¡Tráela! ¡Vamos! —dijo Sylvia en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Dalia vino al instante cargada con una enorme bolsa de un conocido supermercado. Al verla, Norma, mi compañera del departamento de *marketing*, comentó:

—¡Ah! Qué genial idea haber recogido arena de playa. ¡Entre la música de fondo y el ambientador con olor a mar, parecerá que estamos en el mismísimo Caribe! —Todas reímos la ocurrencia de Norma. Menos Sylvia, claro.

—No es de playa —matizó con cara de disgusto—, la acaba de recoger Dalia del parque. ¡Venga, Norma! Extiéndela encima de la mesa. Quedará ideal con todos estos adornos de conchas y estrellas de mar que he comprado. —La cara de mi compañera se transformó.

—¡¿Qué quieres, que coja arena del parque, que puede estar llena de cacas y pises de perro, de bacterias, microorganismos y gérmenes de todo tipo con estas manos?! —dijo, señalándoselas.



Su cara de asco lo decía todo—. ¡Olvídate, porque yo no voy a hacerlo! —Durante unos segundos, que nos parecieron una eternidad, las dos se retaron con la mirada.

Se hizo un silencio que cortaba el aire. Yo fui la primera en ponerme a hacer otra cosa y el resto de mis compañeras no tardó en imitarme, dispersándose por la oficina en busca de mejores tareas acordes con sus puestos y sus capacidades. Sylvia se ocupó personalmente de la arena y no hizo comentario alguno sobre el desplante de Norma, pero todas sabíamos que le pasaría factura más temprano que tarde.

Aproveché ese momento para refugiarme en el baño con el móvil y así poder contestar a Mario. «Tengo una presen. No sé a qué hora saldré, pero... ¿qué te parece en nuestro sitio de siempre si no acabo demasiado tarde?». Segundos más tarde tenía la respuesta: «¡Perfecto, princesa! No veo el momento». Pensé en lo caradura que era. Siempre igual. Me acordé de cómo nos habíamos conocido ocho años atrás y de nuestra larga pero intermitente relación.

\*

Todo empezó hace ocho años. Eran los primeros días del mes de agosto y en la oficina había poco que hacer. Un decaimiento general nos dominaba a todas las que aún permanecíamos allí. En unos días estaríamos de vacaciones. Tres semanas por delante para relajarnos y desconectar del caos cotidiano. Nos aburríamos y Sylvia no estaba. Me dirigí a la cocina a beber agua pues el calor era sofocante y no disponíamos de aire acondicionado. Al pasar por el despacho de mi compañera Paloma, vi que reía delante del ordenador y picada por la curiosidad me acerqué.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté intrigada.

—Ah. Ven, estoy ligando por la red. Llevo varios días hablando con un tipo en un chat. Parece seductor e inteligente. Muy raro para la fauna que circula por aquí.

—¡No me lo creo! Por Dios, Palo, ¿cómo haces eso? Nunca sabes quién está al otro lado de la pantalla y la gente miente con frecuencia. ¿Y si es un asesino, un ladrón, un terrorista...? —le recriminé alarmada y a la espera de que mis palabras la hicieran

recapacitar. Pero ocurrió todo lo contrario. Paloma estalló en carcajadas. Su risa era muy contagiosa y me hizo sonreír a mi pesar.

—¡Anda ya, Oli! Tú ves muchas películas. Mira, ven y así ves la conversación. Mi nombre en clave es «Cleopatra» y el suyo «Eros». —Puse los ojos en blanco cuando escuché los nombres. ¡Señor!—. Ya llevamos varios días hablando, así que va siendo hora de concretar algo más... o decirle hasta nunca.

Un mensaje en la pantalla decía: «¿Te apetece quedar mañana? No te decepcionaré. Cita a ciegas con un desconocido... déjate sorprender».

El mensaje me pareció tan sugerente, tan lleno de misterio e incitante...

—Voy a decirle que no —dijo, de repente, Paloma.

—¿Y eso por qué? —me sorprendí a mí misma preguntando.

Paloma me miró desconcertada:

—¿En qué quedamos, guapa? ¿No dices que podría ser un psicópata asesino? Quedar puede estar bien, pero no tan pronto... no sé. Además mañana es mi último día de trabajo... No estoy muy convencida, la verdad.

Antes siquiera de que pudiera reaccionar le aparté las manos del teclado y tecleé un «SÍ» al desconocido de nombre sugerente.

Paloma me miró entre desconcertada y divertida y ya no pudimos contener la risa.

—Muy bien, bonita. Tú me has metido en el lío y tú me sacarás —dijo Palo muerta de risa, levantándose de su silla y dejando el sitio libre para que yo terminara la conversación.

«Dime dónde y a qué hora», tecleé rápidamente. No podía creer que yo estuviera haciendo aquello. ¿Algún discolo diablillo me había poseído o qué?

La pantalla devolvió la respuesta: «A las dos y media. Hay un café restaurante muy coqueto y discreto, se llama El Rincón Privado, en la esquina con...». El mensaje detallaba con exactitud el nombre del lugar, la calle y hasta los exóticos tipos de café con los que podríamos amenizar la charla en el restaurante que había escogido.

«¿Cómo te reconoceré?», preguntó él. «Llevaré un libro en la mano», le contesté sin apenas pensar.

Así terminó la charla con el desconocido del chat. Estaba claro que Paloma no iba a acudir a esa cita y en su lugar me enviaba a mí. No me hice mucho de rogar. La idea me parecía excitante y salir de la rutina y el tedio se me antojaba el paraíso. Me sorprendí a mí misma pensando con qué ropa me vestiría al día siguiente. Un vestido era un valor seguro en mi persona. Me sentaban como un guante y notaba las miradas masculinas recorriendo mi cuerpo. Con unos taconazos y... «¡Alto, alto! —pensé para mí misma—. ¿Y si no me gusta, y si es feo, enano, huele mal, es maleducado, está loco...?» Existían un millón de posibilidades. Realmente no sabía lo que me encontraría. ¿En qué lío me había metido? Bueno, supongo que él estaría pensando lo mismo en aquel momento. Sonreí para mí misma y arrinconé los pensamientos negativos. Si no era de mi agrado, me iría y punto. Le pedí a Paloma que me pusiera al tanto de los detalles de sus conversaciones con él. Aún no sabía si me haría pasar por ella o le diría que había ido yo en su lugar. ¡Qué divertido! Oh, my God!

\*

Tan ensimismada me encontraba deambulando entre mis pensamientos que no noté que me llamaban hasta que aporrearon la puerta del baño:

—Oli, ¿estás bien? —escuché que decía Rosa al otro lado de la puerta. Salí deprisa—. Sí, perdona. Me estaba retocando un poco —mentí.

Miré su cara y noté que había llorado. Inmediatamente la interrogué. Aunque sabía quién había sido la causante de sus lágrimas antes de que me lo confesara. Rosa, del departamento de comunicación, era la encargada de hacer la presentación. Un pequeño *speech* de unos diez minutos informando de la colección de la próxima temporada, sus materiales, su calidad, su inspiración... Y responder a preguntas de periodistas y blogueras especializadas. Se había incorporado recientemente pero entre nosotras hubo una conexión especial desde el primer día y una relación que fue fortaleciéndose pasito a pasito, con pequeños detalles, con risas mañaneras, con miradas cómplices en momentos

difíciles. Nos entendíamos sin palabras. Siempre encontrábamos el momento para un desayuno rápido en la cocina o un pincho al salir del trabajo. Y compartíamos gustos y aficiones comunes como la lectura, los viajes y la moda. Era vivaracha, habladora, resolutiva y envolvía con un halo de energía positiva a todo aquel que estuviese a su vera. Rosa era de esas personas que, una vez las conoces, no quieres ni debes dejarlas ir muy lejos de ti.

Aquel era su debut y estaba realmente nerviosa. No era ni mucho menos arrebatadoramente guapa, pero en su conjunto resultaba atractiva y armoniosa. Sus estilismos, siempre acertados, me encantaban. Tanto que en ocasiones coincidíamos con la misma ropa. Compartíamos los mismos gustos musicales, gastronómicos, literarios... ¡Hasta nos gustaba el mismo prototipo de hombre! Nos reíamos a menudo de tanta coincidencia y fantaseábamos con la idea de haber sido hermanas en alguna otra vida. Todas las compañeras la apreciábamos y sabíamos que era capaz y profesional. Saldría airosa, seguro. Rosa estaba con su pequeña chuleta en la mano ensayando su discurso y tratando de no olvidarse de nada. No tendría ningún apoyo. Sylvia nos había prohibido al resto del equipo estar presentes e iba a sacarla al ruedo igual que el gladiador novato saltaba por primera vez a la arena.

Suponía su prueba de fuego. Sylvia disfrutaba con esos momentos. Sádica como era, para ella representaba el colmo del placer. Sylvia se acercó por detrás de Rosa y con voz melosa, mucho más peligrosa que cuando gritaba, como uno de esos arquetípicos personajes de Disney, le dijo:

—Así me gusta... ¡Sé que lo vas a hacer fenomenal! Por cierto... ¿quién subió la noticia ayer a nuestro Facebook? ¿Fuiste tú, Irene? —Irene era la diseñadora gráfica y entre sus funciones también se encontraba una parte dedicada a las redes sociales, esa parte digital de nuestro trabajo que ahora se ha bautizado con el ampuloso nombre de *community manager*.

Rápidamente, Rosa comentó que había sido ella. La idea era «invitar» de manera virtual a nuestros seguidores de nuestro perfil en Facebook, a conocer la nueva colección a través de la red, en ningún caso de manera oficial. La redacción del texto, aunque poco precisa, dejaba claro que así era. Nadie con dos

dedos de frente pensaría en invitarlos a todos a que asistieran personalmente a una acción de ese tipo. Pero aun así, Sylvia arremetió contra ella de manera implacable, dando a entender que el texto estaba mal redactado y cabía la posibilidad de que todo el mundo se diera por invitado.

—Parece mentira que alguien que ha estudiado comunicación como tú tenga esos errores tan graves. Espero que dentro de un rato tengas una mejor actuación, si no tendría que replantearme tu continuidad en la empresa —dijo en tono bajo y amenazante. ¡Qué mezquina es!

Impulsiva como soy, no pude contenerme ante su cruel comentario:

—Teniendo en cuenta el éxito de convocatoria que tuvimos en la pasada presentación, tal vez sería conveniente que nuestros seguidores de Facebook se presentaran a esta. ¿Cuántos son? ¿Veinte? —repliqué regodeándome en la cifra, pero sin mirarla mientras aporreaba las teclas de mi ordenador.

Su reacción no se hizo esperar.

—¡Olivia! ¡No seas impertinente! Sabes de sobra que no son veinte —rugió malhumorada y fuera de sí.

«Sí, es cierto estoy equivocada. Son veintidós. Qué fallo más tonto», pensé para mí. Aunque me callé para no atormentarla más. Pero sé que di en el clavo. La idea era molestarla, sacarla de quicio. ¡Objetivo conseguido! Y además es rigurosamente cierto. La cifra de seguidores son exactamente veintidós. Ni tan siquiera sus amigas del alma han tenido la decencia de declararse fans de la marca. ¿Por qué será? Pero Rosa, al igual que yo, es combativa y aporta su granito de arena para reventarla del todo.

—Lo siento, Sylvia, pero en cualquier caso ese texto deberías haberlo revisado tú o Paz y dar el visto bueno antes de subir la noticia. Llevo una semana detrás de ti. Ayer me quedé trabajando hasta las nueve de la noche. Tú no estabas aquí ni te localicé en el móvil para que lo supervisaras. Y Paz... en fin... —dejé la frase sin terminar, pero su tono, aunque correcto en todo momento, denotaba el desprecio que siente por nuestra inútil directora de comunicación. Opinión que todas compartimos.

Irene permaneció callada en este corto y agitado partido de tenis verbal que acabábamos de jugar. Pero Sylvia es

medianamente lista como para comprender que éramos tres contra una en aquel instante. De momento, ganamos un juego. El set era otro cantar.

Se retiró inteligentemente y salió del despacho, agitando su melena canosa y trasnochada. Tan rancia y arcaica como ella. Cuando quedó fuera de nuestro alcance, nos reímos ante su reacción y Rosa me dio las gracias por haber mediado ante ella. Al cabo de unos diez minutos escuché su desagradable y chillona voz en la otra punta de la oficina.

—¡Olivia! ¡Me voy a cambiar y a arreglar, si no, no me dará tiempo! ¡Busca mi maletín de maquillaje y tráemelo! —gritó por el pasillo.

¡Señor, dame paciencia! Y salí disparada a buscar sus potingues. Necesita de forma urgente un *lifting*, pero en el cerebro.

Justo en la entrada, el personal del cáterin, vestidos de negro y delantales en color plata con el logotipo de la marca, habían dispuesto una mesa con mantelería de lino, cubiertos de madera, vajillas de colores... Una gran cesta con frutas de temporada, brillantes y exquisitas, servía para elegir y beber deliciosos zumos naturales que preparaban al momento, en una gigantesca licuadora. Siempre contactaba con la misma empresa de *catering* ecológico. La dueña, una chica de unos treinta y cinco años, morena, alta y con cierto aire oriental, era encantadora, educada y extremadamente profesional. Le gustaba tratar los temas conmigo y no con Sylvia, por quien se veía de lejos que sentía un claro rechazo. En aquella ocasión y al ser la convocatoria a media mañana, nos habíamos decantado por lo dulce y salado a partes iguales. Expuestos en preciosos platos podías encontrar mini *quiches* de calabacín y champiñones, tartaletas de tomates secos y aceitunas negras y pequeñas empanadillas de queso y albahaca. Magdalenas caseras de jengibre y limón, bizcocho de naranja y pequeñas galletas de chocolate negro con una chica en bikini, haciendo un guiño a la marca, ponían la guinda al exquisito y apetitoso *brunch*.

Las blogueras, reinas del *trening topic* en la red, tan de moda ahora, fueron las primeras en ir llegando. Habíamos convocado a unas veinte, pero sólo se presentaron cinco y con mucho tiempo de retraso, lo que ocasionó que coincidieran con el resto

de la prensa especializada, que también fue escasa. Era lógico, pues la invitación se había enviado fuera de plazo y Sylvia no había tenido en cuenta otros eventos y presentaciones que ese mismo día tenían lugar en Madrid, mucho más atractivos e interesantes para los medios que el nuestro. Además, la fecha en cuestión siempre la decidía su astróloga, Chantal, en función de la posición de los astros, si ese día había luna llena o si el Sol estaba en la casa de Venus o cualquier otra majadería similar. Sylvia no tomaba una decisión, por banal que fuera, ni preparaba una reunión sin el consejo de aquella charlatana, ignorante, necia y rústica mujer que, sin embargo, demostraba ser lince y avispada para captar a incautos y crédulos clientes como Sylvia a los que les desplumaba la cartera mientras les llenaba la cabeza de supersticiones y sandeces, despojándoles del juicio y la capacidad real para tomar decisiones basadas en el conocimiento y el raciocinio. Algo también provocado por un error grave de su amiga, la directora de comunicación de la empresa.

Paz era una mediocre periodista, divorciada, hastiada de la vida y en estado permanente de indignación con el mundo entero y que parecía que siempre iba chutada de alguna sustancia nada legal o simplemente del contenido químico de su laca para el pelo, administrada en exceso. Aparentaba diez años más de los que tenía, con un corte de pelo estilo paje, como el Príncipe Valiente en los viejos cómics, y un tono de tinte descatalogado ya, que debió de ser el que usaba su madre en el siglo pasado. Por no hablar de su ropa. Merecería un capítulo aparte, que no tengo intención de dedicarle. Por su aspecto, diríase que se vestía con la ropa destinada al Tercer Mundo que yo misma suelo entregar en los servicios sociales de mi parroquia. Y lo más triste de todo es que provenía de una familia acaudalada y de rancio abolengo, que había tenido todas las oportunidades que su posición le facilitó y que otros más válidos tienen que lograr con mucho esfuerzo, a veces incluso sin conseguirlo. Esta mujer de escaso talento y poca disponibilidad, vaga por naturaleza y carente de imagen, era la que representaba a la empresa ante la prensa. Pero Sylvia la adoraba sólo porque siempre le decía sí a todo. Nunca ponía objeciones, siempre estaba de acuerdo con sus ideas descabelladas y era rastrera y sibilina. A ninguna nos

gustaba y guardábamos las distancias con ella. Hablando del rey de Roma... justo apareció en aquel momento por la puerta.

—¡Hola, chicas! —saludó sin mucho afán—. Disculpad el retraso, pero he ido a la peluquería para la ocasión. —Todas la miramos sin hacer el más mínimo comentario. Y yo pensé: «Que revele quién es su peluquero. Hay que quitarle de la circulación ya». Si habitualmente parecía diez años mayor, aquel día se había convertido en nuestra bisabuela. No le hicimos ni caso y seguimos a lo nuestro. Por fin Sylvia había salido del baño, supuestamente arreglada para la ocasión.

—¡Madre de Dios! ¡Pero si va vestida para un carnaval! —dijo bajito y con cara de espanto Norma. Todas reímos disimuladamente.

—¡Jo, parece Pipi Calzaslargas! —comenté yo para mí misma. Pero mis compañeras me habían oído y estaban muertas de risa, ya sin disimulo.

Sylvia se había superado a sí misma en aquella ocasión. Llevaba una especie de top de encaje con calados en color crema. Creíamos que el sujetador se lo había dejado en casa, a juzgar por cómo le caía el escaso y aplastado pecho que tiene. Encima del top, una chaquetilla color burdeos; la parte de abajo una minifalda —o tal vez fuese un cinturón y no nos habíamos percatado— de color negro. Parecía de pana y estaba muy usada. Unas medias con anchas rayas horizontales blancas y negras y unas sandalias... ¡¡de verano!! Con plataforma, destalonadas y los dedos al aire, de color rosa chicle. Completaba el aterrador atuendo con un chaleco con estampado *animal print*. ¡Oh, my God más que nunca! Todo el conjunto era un despropósito: la mezcla de tejidos tan distintos, de colores imposibles, los pantis de cebra. ¿Pero dónde creía que iba? ¿A una fiesta de disfraces? Y en tal caso, ¿de qué iba disfrazada?

Me acerqué a ella dispuesta a ofrecerle mi sincera opinión sobre los trapos que había elegido para decorar su esquelético cuerpo. No podía ni debía hacer el ridículo de esa manera. Sabía que me estaba internando en un jardín peligroso...

—Olivia, ¿cómo me ves? —me preguntó según iba avanzando por el pasillo. Me quedé estupefacta cuando la escuché y creo que se me notó en la cara. Ella jamás tiene en cuenta mi opinión



y suele referirse a mí como «la nena cursi y princesita» a la hora de vestir. Pero la ocasión la pintan calva y aproveché el momento para expresar lo que siento.

—Sylvia, ¿no crees que otro atuendo hubiera sido más acertado? Si quieres mi opinión, te la daré: no me gusta. Y a las chicas tampoco.

Bueno, ¡ya estaba dicho! Había intentado ser todo lo políticamente correcta que había podido. Ahora estaba dispuesta a encajar el golpe en forma de grito, insulto o desprecio absoluto con el que, con toda seguridad, me iba a obsequiar. Me miró con fuego en los ojos.

—¿Y qué es exactamente lo que no te gusta, Olivia querida? —me preguntó en tono bajo y con rabia contenida.

«No pienso amilanarme. Quien pregunta lo que no debe, escucha lo que no quiere», pensé.

—Nada. Realmente no me gusta nada de lo que llevas —le dije regodeándome en cada una de las palabras.

—Querida Olivia, sobre gustos no hay nada escrito —me espetó con aire triunfal.

—Sylvia, sobre gustos hay mucho escrito. Lamentablemente, tú has leído poco.

Gracias a Dios nuestra conversación, si así se puede calificar, quedó interrumpida por Norma, que la reclamaba para algo. «¡¡Que se fastidie!! Está horrible. ¿Es que no se mira en el espejo? Y yo... ¿por qué tengo que ser así, directa y sincera?». Más me valdría ser una hipócrita y haberle dicho lo que quería escuchar. Me habría ahorrado problemas y a sus ojos subiría muchos enteros. Suspiré por la impotencia y traté de olvidar el incidente antes de que me amargase el día.

Pasaba ya media hora de la estipulada en la convocatoria y Sylvia decidió que, aunque no hubiera mucha prensa, debíamos empezar de inmediato. Rosa ya estaba preparada, repuesta en parte del disgusto de hacía un rato y con la ayuda de una tila que yo le había preparado. Música de fondo, velas encendidas, las pantallas de plasma pasando imágenes y vídeos de la colección, dossieres en una perfecta carpeta con lazo, un pequeño detalle para las asistentes y... el celeberrimo ambientador con olor a mar. ¡¿Cómo no?! Ese que nos hizo buscar al equipo por todos

los supermercados de Madrid y que, aun así, no se ajustaba a lo que ella consideraba «auténtico olor a mar». ¡Sylvia y sus excen- tricidades!

Sólo había en la sala unas quince personas, sobre las más de ciento cincuenta convocadas. La mayoría eran antiguas periodistas, algunas ya jubiladas o fuera de circulación del ámbito pe- riodístico. Fieles amigas desde tiempo inmemorial que seguían acudiendo a su cita puntual cada vez que Sylvia tocaba la campa- na. Se agradecía esa lealtad sin límites, pero poco podían hacer ya para que la colección que aquel día presentábamos tuviera la repercusión en prensa que necesitábamos. Aquí sobran todas aquellas ruinas y se imponía savia nueva. Las redactoras, directoras y estilistas de las revistas más influyentes en moda. Esas que podían convertir un trapo en el it de la temporada con sólo un golpe de ratón. Y yo allí no vislumbraba nada de eso.

Rosa se situó en el centro y comenzó su pequeño discurso. Estaba nerviosa, aunque sólo las que la conocíamos bien perci- bíamos que así era. Hizo una perfecta exposición de la colección y respondió con maestría a todas las preguntas que le formula- ron, bajo la atenta y escrutadora mirada de Sylvia, a la caza sin piedad de cualquier error, omisión o descuido, real o no, en el que Rosa pudiera incurrir. Pero Rosa había hecho los deberes y lo demostró con creces. Aun así, todas sabíamos que tras la calma inicial vendría la tempestad y Sylvia encontraría cualquier motivo para criticar su actuación. Y si no encontraba ese motivo, lo buscaría debajo de las piedras.

La mañana transcurrió más o menos según lo previsto. Sylvia ofreciendo a periodistas, famosillas de medio pelo y amigos su cara más simpática y ocurrente. Interesada como era, con la prensa se mostraba abierta, solícita y generosa, repartiendo re- galos a todos, sin ni siquiera asegurarse de que saldría alguna reseña de nuestra colección en sus respectivos medios. Goliat, el microperrito de Sylvia, enloquecido y borracho del ambiente que se respiraba, ladraba más que nunca, como si le hubiera po- seído algún espíritu, y no contento con ser testigo excepcional de todo lo que acontecía en el *showroom*, se empeñaba en salir en todas las fotos posando con naturalidad junto a su ama. ¡Chucho chiflado!

Aún recuerdo cuando se lo regalaron por su cumpleaños hace unos pocos años. Sylvia no está casada ni vive en pareja, desconozco si por propia inclinación o porque nadie en su sano juicio es capaz de soportarla más allá de unas cuantas horas, pero tiendo a pensar en esta segunda opción como causa más que probable de su soltería. Tampoco tiene hijos ni es su deseo, algo expresado en voz alta en más de una ocasión. Aquí la madre naturaleza ha sido sabia, gracias a Dios. Una explosión genética de pequeñas Sylvias y diminutos Palacios sería terrible para el futuro de la humanidad. Sus amigas pensaron que la compañía de un animalillo serviría para mitigar, en parte, su soledad al llegar a casa después de esas jornadas laborales que ella alargaba, voluntaria e interminablemente, tal vez con el único fin de no enfrentarse a ese momento de absoluto y aterrador silencio al llegar a su hogar. Y qué mejor que una mascota. De acuerdo en que un animal no reemplazaba la falta de un ser humano en casa con quien comunicarte, reír, llorar, compartir, besar, cenar, amar... Pero suponía contar con una novedad, un ser vivo que necesitaba de sus atenciones y cuidados, a cambio de una fidelidad y abnegación que nunca hallaría en uno de su especie. Supe desde el principio que esa tarea, sencilla y gustosa para cualquier otra persona, le venía muy grande a Sylvia. Y no me equivocaba. A las tres semanas de tenerle en casa, cuando el pobre perro ya deseaba haber caído en las garras de una secta anticanes en lugar de en la acomodada casa de Sylvia, esta lo perdió una mañana en un parque cercano a su casa, mientras paseaban. Nunca logré saber con certeza si la pérdida fue inducida, un descuido, una negligencia, una simple fatalidad o una gran evasión bien planeada en búsqueda de la libertad por parte de Goliat. Me lo confesó una semana después del suceso y sin que ella moviera un sólo hilo para encontrarle. ¡Ni siquiera la noté afectada! Me imaginaba al pobre chucho, solo, desvalido y hambriento vagando sin rumbo por las calles de Madrid y hasta a mí, que no me gustan los perros, se me saltaban las lágrimas pensando en la suerte que correría el desdichado.

Pero el destino, burlón y antojadizo, quiso que a Goliat lo encontrase una vecina del barrio que habitualmente paseaba a su propio perro en los mismos horarios que Sylvia. Lo llevó a su

casa, lo cuidó, alimentó y mimó como si fuera suyo. Volvía todos los días al parque con la intención de localizar a Sylvia, con la firme idea de poder devolvérselo a su legítima dueña, a la que imaginaba rota de dolor. Aproximadamente dos meses después, y cuando ya dábamos por hecho que Goliat habría muerto de hambre o atropellado por un coche o, en el mejor de los casos, estaría en algún refugio para perros abandonados, una tarde de invierno, cuando ya había anochecido, Sylvia salió a correr con Luna, precisamente una de las tres amigas que le habían regalado Goliat, por el mismo parque donde el pobre chucho se había esfumado. Su sorpresa fue mayúscula cuando divisó a lo lejos un perro que, sin lugar a dudas, corría decidido hacia ella. Brincando y ladrando loco de alegría al reconocerla, se abalanzó sobre Sylvia llegando incluso a derribarla, mientras lamía su cara una y otra vez, corriéndole el maquillaje, que tan adecuadamente se había puesto para salir a hacer deporte, y exponiendo a Goliat a un grave peligro de intoxicación por la famosa crema tapaporos de germen de trigo en la que Sylvia tenía puestas sus esperanzas de eterna juventud. Todo esto ante el pasmo de su amiga y la felicidad de su salvadora, reflejada en su rostro. Pero el inicial entusiasmo del perro se tornó en desconfianza, que él manifestó en forma de estridentes ladridos. No podía hablar, pero ni falta que le hacía. «Una cosa es reencontrarme con mi ama y otra muy distinta desear volver con ella», parecía que decía su cara. Y ahora, además, contaba con un compañero de casa y correrías con el que se llevaba muy bien. Pero sus protestas de nada sirvieron. Goliat retornó a su antiguo hogar, dudo que para su fortuna y apuesto que para su desgracia, conociendo todas las vicisitudes por las que el triste animal ha tenido que pasar al lado de su peripatética dueña. Sylvia se vio obligada a cargar de nuevo con Goliat, no por ternura y apego hacia su recién recuperado perro, como todas sabíamos, sino únicamente por las apariencias al tener a su amiga como incómodo y accidental testigo de todo lo sucedido.

A última hora de la mañana y cuando ya quedaba poca gente, Sylvia nos dijo que se ausentaba un rato sin más explicaciones. Nos quedamos sorprendidas, pues la presentación no había terminado y su presencia era imprescindible. ¡Ella era la

diseñadora! Y como era de esperar al poco rato de marcharse hizo su presencia Carasapo. Cuando abrí la puerta y la vi, supe de inmediato que no le haría ninguna gracia que Sylvia no la recibiera.

—¡Buenos días, Eloísa! Qué bien que haya podido venir.. —la recibí con toda la amabilidad de la que soy capaz, aunque no soporto a la ruina recauchutada que acababa de entrar por la puerta.

Sus ojos, enormes y saltones, me miraron como si no me conociera de nada, ignorándome por completo, cuando en verdad hace una eternidad que trato con ella y conoce de sobra mi posición en la empresa. Si no fuera porque con un solo artículo todavía puede arruinar toda una carrera, hace tiempo que le habría contestado como se merece. Pero no puedo. Sylvia me ahorcaría en medio de la Plaza Mayor si me atreviera.

—¿Dónde está Sylvia? —fue todo lo que dijo a modo de saludo y mirando alrededor con impaciencia.

—¿Le apetece tomar algo? —le ofrecí para ganar tiempo y confesar que Sylvia se había ido sin decir a dónde ni cuándo volvería. Entré en pánico y mis compañeras acudieron raudas en mi ayuda. Menos mal, pues mi paciencia aquel día había llegado a los límites tolerables y presentí que aquello iba a ser un cataclismo.

—Sí, dame una *coca-cola* —me dijo con un tono de voz de sargento al mando acostumbrada a ser obedecida al instante.

—Lo sentimos, pero no hay *coca-colas*. Sólo zumos naturales, café o infusiones —dijo Norma, saltando al ruedo antes de poder contestar yo.

—¡Pues menudo desayuno! —bramó como una fiera—. ¿Y quién organiza un desayuno sin refrescos? —preguntó mirándome a la cara con fijeza mientras temblaba al ver que sus ojos amenazan con saltar de las órbitas y caer derechos a mis manos. ¡Madre mía! ¡Qué bruja! Una reunión entre ella y Sylvia debe tildarse de aquellarre sin paliativos—. Si has sido tú, yo te despediría al instante —terminó diciendo.

—Pues tendrá que despedir a Sylvia, porque es orden directa de ella no tener refrescos ni bebidas alcohólicas —le espeté sin miramientos. El cruce de palabras se produjo con todas mis

compañeras mirándome aterradas, conocedoras de mi carácter demoledor cuando supero mi propio límite, y con todo el personal del *catering* como testigos, que asisten a la escena espantados ante el carácter chulesco y prepotente de esa señora—. Sylvia ha salido un momento a la calle y volverá enseguida. Si quiere, mis compañeras le pueden ir enseñando la colección y la carpeta de prensa —le comenté con cara de perro zanjando de una vez el tema de la bebida.

—¿Cómo que Sylvia no está? ¿Pero qué despropósito es este? —Aunque en aquel caso tenía razón, le estaban perdiendo las formas—. ¡Me marcho ahora mismo! Además tengo el coche mal aparcado y no puedo dejarlo ahí mucho tiempo.

—¡Espere un minuto, por favor! Voy a llamarla —le dije con la poca paciencia que me quedaba. Me alejé por el pasillo con la idea de localizar a Sylvia en el móvil y advertirle de que la tercera guerra mundial estaba a punto de comenzar. Al tercer tono, milagrosamente, me atendió de mala gana.

—¿Qué quieres, Olivia? Estoy ocupada. —Qué grato es escuchar su voz...

—Eloísa está aquí hecha una fiera porque no estás. Dice que se marcha porque además no ha encontrado sitio para dejar su coche. —La escuché jurar en hebreo, aunque no tuviese razón. Ella debería haber estado aquí y aún más sabiendo que Eloísa había confirmado su asistencia. ¿Dónde se había dejado el cerebro? Bueno, si hubiese sido únicamente ese día...

—¡Que no se vaya, Olivia! ¡Retenla y vete a aparcar su coche! —me amenazó primero y me ordenó después. ¡Sólo me faltaba eso!

—No pienso ir a aparcar el coche de nadie. Tenlo muy claro. Tu deber es estar aquí y atender a la prensa. Y entre mis funciones, desde luego, no figura la de aparcacoches. —Silencio durante unos segundos, que parecieron horas, al otro lado del hilo telefónico.

—Estoy en la cafetería de abajo. Subo en dos minutos. ¡¡Que me espere!! —me gritó y colgó.

Finalmente Sylvia apareció justo en el momento en que Carasapo se disponía a abandonar la oficina. Se encontraron en el ascensor y mis compañeras y yo contemplamos la estampa

con total estupor. Se dieron besos, abrazos, se preguntan cómo están, pero qué guapa estás, tú también... bla, bla, bla... Ni Sylvia se disculpó, ni Eloísa le recriminó nada. Todo fingido, afectado e hipócrita. Demasiado ego concentrado en tan poco espacio. Sylvia es el más claro exponente de personalidad bipolar. Cada día me siento más alejada de este circo, repleto de vanidades y fachadas de cartón que, al menor soplo, dejan al descubierto la despiadada realidad. ¿Qué pintaba yo trabajando para una desequilibrada como esa? Cuantas más vueltas le daba, más ganas me daban de salir corriendo de ahí.

La agotadora jornada laboral tocó a su fin. Me despedí de mis compañeras y les agradecí todo el apoyo prestado. Ya tendríamos tiempo de comentar la jugada en alguna comida programada o una cena de fin de semana y reírnos, que falta nos hacía.